

# Argentina. La innovación política

Cheresky, Isidoro

---

**Isidoro Cheresky:** Politólogo argentino, docente del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

---

Las elecciones para convencionales constituyentes del 10 de abril de 1994 depararon más de una sorpresa, pero lo inusitado, aún para una época en que las encuestas nos anticipan las tendencias del cómputo, fue el triunfo del Frente Grande (FG) en la ciudades de Buenos Aires, Neuquén y sus buenos resultados en otros distritos<sup>1</sup>. Con ello se manifestaba una fuerte tendencia a cuestionar el poder, que parecía haberse fortalecido durablemente pocos meses atrás luego del pacto de Olivos, firmado con la Unión Cívica Radical (UCR), principal partido de oposición. La hegemonía menemista ya no era el horizonte obligado de la reflexión política. Asimismo se debilitaba considerablemente el juego bipartidista que había dominado la vida política argentina desde la posguerra y continuado desde 1983 con el restablecimiento de la democracia <sup>2</sup>.

La primera consideración general que inspiran estos resultados se refiere al propio régimen político. Las rutinas democráticas no son tales, se repiten los procedimientos pero estos ordenan una competencia de resultados imprevisibles. Y efectivamente se produjo lo imprevisible, aunque explicable. En una sociedad que, siguiendo el curso general en Occidente, está signada por la desdramatización de la competencia política y el desinterés hacia los asuntos públicos en provecho de estrategias privadas de vida, el resultado de unas elecciones carentes de visibles expectativas ciudadanas revelaron una multitud de decisiones individuales volcada hacia un cambio significativo, despabilando los sentimientos y la imaginación políticos. A su vez, este resultado ha teñido de incertidumbre el futuro político. Al no haber ratificado abrumadoramente la hegemonía del oficialismo e impedir el control unívoco de la Asamblea Constituyente, relanza el juego político. Un poder que aspiraba a una durabilidad prolongada ve así cuestionada su legitimidad.

---

<sup>1</sup>También triunfó en la provincia de Neuquén, fue segundo en la de Buenos Aires, y obtuvo una votación importante en las de Santa Fe y Entre Ríos.

<sup>2</sup>En el pasado reciente, habían aparecido terceras fuerzas de derecha e izquierda, pero ninguna expresión fue de la magnitud de la registrada el 10 de abril. Debe considerarse no sólo el resultado del Frente Grande sino también los porcentajes obtenidos por los partidos provinciales. En conjunto, peronistas y radicales obtuvieron el 10 de abril alrededor del 57 % de los votos - ello debido al debilitamiento sufrido por ambas fuerzas, aunque fue mayor el de los radicales -. En 1983 ambos partidos reunieron el 91,9 % para presidente y el 86 para diputados. En 1989 esos porcentajes fueron del 84,5 % y 73,4% respectivamente.

Después de estas elecciones queda una representación política muy diversificada, instalando referencias para el futuro substancialmente distintas a las que podían derivarse de los resultados de las elecciones realizadas seis meses antes y del pacto bipartidista.

La experiencia de la representación política de la sociedad como un proceso radicalmente democrático, no controlado ni determinado por nadie, sino librado al juego político, es decir a los sentidos que puedan producirse en este ámbito y coagular como expresión electoral, habían tenido algunos antecedentes en el actual período democrático: el triunfo de Raúl Alfonsín en 1983 comportó un desplazamiento electoral significativo que quitaba al peronismo su carácter de mayoría «natural» y que parecía vinculado a la revalorización del orden político; también la conquista de la candidatura peronista por Carlos Saúl Menem frente a Antonio Cafiero en las internas peronistas de 1988 fue percibido en su momento como un acontecimiento político que se apartaba del cauce que los hechos precedentes trazaban<sup>3</sup>.

### ***Una nueva oposición***

El partido de gobierno obtuvo la mayoría relativa de los votos. Pero este dato no brinda la principal significación del resultado. El poder apareció debilitado, con una performance menor que la de las elecciones realizadas pocos meses antes y sin asegurarse la continuidad prolongada en el predominio al que aspira<sup>4</sup>. El hecho decisivo fue en cambio el triunfo del FG con el 37,6% de los votos en la Capital Federal, superando por trece puntos a su seguidor peronista<sup>5</sup>. Aunque en varios distritos no presentó candidatos, su porcentaje nacional alcanzó al 13,6%, constituyéndose en la tercera fuerza. El nuevo cuadro político se completa con la «debaque» del

<sup>3</sup> Sobre Menem y su ascensión, v. I. Cheresky: «Un paso en la consolidación democrática elecciones presidenciales con alternancia política» en Revista Mexicana de Sociología, 12/1989, México D.F.; y «Argentina: una democracia en búsqueda de su institución» en Estudios Sociales N° 4, Santa Fe, 1993.

<sup>4</sup> El justicialismo obtuvo el 37,7% de los votos para la Constituyente retrocediendo más de 4,5% respecto a los resultados obtenidos por sus candidatos a diputados en octubre de 1993. Su performance para la Constituyente fue la más baja de las elecciones desde el acceso de Menem a la presidencia: 44,7% en 1989; 40% en 1991; 42,6% en 1993. El porcentaje de votos obtenido en las últimas elecciones es ligeramente inferior al obtenido en su derrota histórica de 1983 (38,5% para diputados) y equivalente al obtenido por el radicalismo cuando, estando aún en el poder, comienza su declinación. Además de desacreditada; la difundida idea de una legitimidad presidencial imbatible y no garantizar el control absoluto de la Asamblea Constituyente, el resultado plantea al partido gobernante otro problema específico: está lejos del 45% que, según la reforma constitucional pactada, asegura el triunfo de un candidato en el primer turno de las futuras elecciones presidenciales. El oficialismo perdió en 7 provincias y la Capital.

<sup>5</sup> He aquí los porcentajes obtenidos por los principales partidos en la Capital Federal, en 1993 y 1994 respectivamente: Frente Grande (13,6/37,6); Justicialismo (32,5/24,5); UCR (29,9/15, 2); Unidad Socialista (5,6/7,7); Modin (3,9/4,9).

radicalismo y la expansión de la derecha nacionalista opositora a través del Movimiento por la Dignidad y la Independencia (Modin).

Estas elecciones fueron catastróficas para el radicalismo: a nivel nacional perdió un tercio de su electorado (30,2% en octubre del 93 y 19,8% en abril del 94), pese a que logró mantener el primer lugar en las cuatro provincias donde gobierna. Retrocedió considerablemente en la Capital, provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza donde salió tercero; en el cinturón del Gran Buenos Aires se ubicó cuarto detrás del Modin.

En cuanto al Modin, tuvo un considerable incremento de votos a nivel nacional: un 9,2 % frente al 5,8% de octubre del 93; donde se nota el efecto de su articulación nacional. El Modin progresó moderadamente en la Capital y en la provincia de Buenos Aires, pero se implantó o creció en el interior del país, con más del 10% en Entre Ríos, Salta y Misiones.

Este panorama general indica el extenso rechazo al poder y al pacto en el que convergen orientaciones muy diversas. El voto negativo expresado a través de FG, una fuerza que no es el clásico partido de oposición, se apoyó en la creencia generalizada de que el pacto interpartidario ponía en peligro la representación; se votó al FG en contra del consenso bipartidista. La representación necesita de una escena marcada por la división para cobrar sentido, y el Pacto de Olivos la obturaba. Para una parte de la población el acuerdo entre el presidente Menem y Alfonsín era el resultado de la puja entre un poder que ejercía fuerza en los bordes de la legalidad en su búsqueda por perpetuarse, y una oposición que finalmente cedía ante ese empuje renunciando a su rol crítico. Alfonsín hasta entonces había denunciado la concentración de poder como lesiva a las instituciones, la tentativa de reforma como el mayor peligro que acechaba a la democracia puesto que sólo estaba dirigida a buscar la prolongación del mandato presidencial. La dramatización con que Alfonsín evaluaba el estilo presidencial llevaba a considerar las cuestiones en juego como definitorias para el régimen democrático. Ya en 1989, para Alfonsín la alterativa parecía plantearse no en términos de un mero recambio en el poder sino de autoritarismo o democracia, y sus planteos ulteriores fueron consistentes con esta alterativa extrema. Mientras tanto, la estrategia parlamentaria radical acompañó por momentos tal dramatización, al obstruir el tratamiento de temas caros al oficialismo, dificultando a veces el quórum de la Cámara.

De modo que la actuación de Alfonsín a favor del pacto apareció como algo inusitado e inexplicable; contradecía su línea de acción sin que mediara una argumenta-

ción satisfactoria. Los radicales justificaron su estrategia con el argumento de que el peronismo estaba dispuesto a lograr la reforma a cualquier precio, por lo cual se habría llegado a poner en peligro la estabilidad institucional. Este planteo desplegaba las inconsistencias del pacto; se consideraba al oficialismo dispuesto a llevar su propósito reeleccionista hasta una situación de crisis institucional, lo que era una confirmación implícita de sus rasgos autoritarios sin reglas o límites, ante lo cual sin embargo se cedía temiendo las consecuencias de su voluntad hegemónica; y por otra parte desmentía la idea de que la reforma pactada fuera un compromiso aceptable, puesto que reconociendo que a fin de obtener la reelección el poder aceptaba cláusulas presuntamente limitativas les quitaba significación. Si se trataba de un poder poco respetuoso de los límites, el tope capaz de evitar su perduración era el principal mecanismo republicano percibido intuitivamente por muchos como decisivo: el límite inmodificable en la duración del mandato.

Alfonsín al firmar el pacto se desdecía de sus planteos anteriores sobre la gravedad institucional de lo que estaba en juego - quizás incitado por el hecho que se los percibía como exagerados y su dramatización no había tenido eco - y adoptaba un realismo político contrario a la imagen principista cultivada hasta entonces.

El acuerdo colocó al radicalismo en crisis, Alfonsín forzó su aprobación sin poder reducir a una creciente oposición interna, para la cual, y aún para muchos de los que prefirieron plegarse al pacto, el hecho de que fuese negociado entre los jefes obviando la deliberación partidaria, colocando con posterioridad a la UCR frente a las cosas consumadas, fue una perturbadora experiencia sumada a la intrínseca significación del mismo.

Posteriores tratativas y repercusiones institucionales referidas a la composición de la Corte Suprema de Justicia, los términos del ballottage, el número y tiempo de mandato de los senadores, dieron al pacto el cariz suplementario de una compenenda para satisfacer las exigencias ya no sólo del poder dominante sino también de los intereses de aparato del partido radical.

Por otra parte, la espectacularidad del pacto y su significación concentraron la atención pública, desplazándola de los diversos aspectos concretos de la reforma propuesta, lo que dirigió la decisión del voto hacia la legitimidad del poder y del pacto más que a la reforma en sí misma.

### ***El significado del voto protección***

Este cambio de las preferencias electorales registrado en un breve lapso acaso pueda explicarse en relación con la inédita experiencia del pacto bipartidista. Este desplazamiento se vio favorecido porque en la Argentina, como en el resto del mundo occidental, la arena política ya no está dividida por alternativas societales, y en tal sentido existe un implícito consenso democrático compartido por los principales protagonistas. En el mismo orden de cosas ya no prima la adhesión global y durable a las identidades políticas, que se traducía en votos cautivos. La relación de cada ciudadano con los partidos tiende a definirse en cada coyuntura.

¿Pero puede considerarse que las condiciones para la emergencia de una nueva fuerza política son más específicas? La ausencia de antiguos ejes de confrontación más globales e ideológicos redundan en beneficio del realismo político. Las fuerzas políticas serán juzgadas por el resultado de su gestión. El realismo que predominó en los últimos años de la política argentina como acompañamiento de la modernización del Estado y la liberalización de la economía adoptó como parámetro para evaluar la acción gubernativa los logros en superar la crisis hiperinflacionaria y los déficits estructurales que condujeron a ella, desdeñando los aspectos regresivos de las políticas públicas. Este realismo supone una adaptación acrítica a la realidad inmediata, y presume que los efectos de la eficiencia económica marginan toda argumentación política y aún ciertos criterios éticos respecto al desempeño de personas e instituciones: el comportamiento público de las personas era percibido con laxitud. La aparente apatía con que la población recibía los negociados y fraudes que salpicaban - y hasta bañaban - a personajes de la esfera de poder, ilustraba esa nueva relación con los asuntos públicos. Sin embargo una interpretación que registrara tan sólo el retroceso de la crítica social y la adaptación a la corrupción sería sumamente parcial.

En verdad, el poder logró una prolongada legitimidad al imprimirle a su acción pública una imagen dissociada. Los logros económicos estaban revestidos de un sentido de sacrificio y justicia, ello merced a las políticas fiscales y tributarias pretendidamente equitativas y a los efectos atribuidos a la reforma del Estado, especialmente la descorporativización. La corrupción, que tiñó constantemente la acción gubernamental aparecía en cierto sentido como el precio a pagar por los logros económicos. Este realismo parece haber guiado en años recientes las conductas públicas y particularmente las electorales por dos razones: en tiempos de crisis se reclama un orden y cuando se establece resulta apreciado y defendido, es decir, se acepta el postulado de que la política en curso, incluidos sus actores, es la única

factible; en estas condiciones la oposición actuaba ambiguamente, sin ser capaz de presentarse como partidaria también de un orden que rompiera con la inestabilidad pasada y sin lograr oponerse con credibilidad porque se la asociaba con los orígenes del desorden que se procuraba superar.

La alternativa al realismo oficialista aparecía desdibujada, su enunciación se confundía rápidamente con esquemas ideológicos asociados al pasado populista. Aún así, cierta resistencia al realismo imperante se canalizaba a través de opciones políticas que recuperaban tradiciones populistas pero aparecían como más radicalizadas, de las cuales la más significativa fue la neoderecha nacionalista, conformada en torno a ex-militares que en los años 80 se habían rebelado contra el gobierno y que atacaba frontalmente la política «neoliberal» y la apertura a los capitales y condicionamientos extranjeros.

De modo que los cambios en la arena política, en particular el ascenso del FG, pueden derivarse de un debilitamiento de la representación que condicionó la emergencia de esta nueva fuerza y el crecimiento de otras antes marginadas de las preferencias. Pero no convendría tomar simplemente esta representación débil como una carencia del sistema político incapaz de dar cabida a intereses formados en la sociedad. Aunque efectivamente el consenso generado por el pacto, sumado al consenso genérico que le precedía, al diluir el antagonismo político frustraba la expresión de conflictos de naturaleza diversa, y por lo tanto se producía una debilidad de la escena política que posibilitaba su reorganización, la emergencia de una fuerza nueva que activa el antagonismo no puede considerarse simplemente como la expresión de un conflicto que precedía a su conformación. El FG no es simplemente expresión de un sentido común marginado, su negatividad política tiene elementos novedosos en la arena política pero que no provienen de reclamos sociales coartados. En cuanto a la negatividad política de este voto, ella debe considerarse como una inscripción en la arena política y no un rechazo a ella.

En tanto se trata de una alternativa construida en el espacio público a partir de la experiencia común de los ciudadanos, el voto al FG es un voto político. La despolitización de la sociedad argentina parece evidente si se toma en cuenta la relación de identificación global y movilizadora con las identidades políticas y la confrontación, no por cierto sobre alternativas de sociedad en el sentido europeo pero sí sobre la dirección de las políticas públicas, que era tradicional al menos desde la pos-

guerra. Pero quizás las recientes elecciones nos indican el desarrollo de otras formas de politización<sup>6</sup>.

Este voto se conformó en la escena política a partir de la identificación con un principio de rechazo al poder, aunque puede reconocerse la confluencia de otras significaciones de protesta. Su configuración eminentemente política se revela en la incierta homologación a intereses identificables<sup>7</sup>. Un voto negativo, cristalizado principalmente en torno a la figuración del poder como corrupto o encubridor de la corrupción y omnipotente.

Un poder que puede ejercer reiteradamente o encubrir la corrupción sin que se haga cargo claramente de la discriminación entre lo legal y lo ilegal es un poder propenso a sostenerse en sí mismo y a confundirse con el particularismo de los intereses, es decir, a ser uno más en las pugnas y a considerarse autónomo respecto a su fuente ciudadana de legitimación. Un poder así puede tornarse insoportable si se constituye una escena pública que al promover la visibilidad y la deliberación sobre los hechos crea una opción de rechazo, de impugnación esencialmente referido a los límites y a la legitimidad del poder. Y ese lugar parece haberlo conquistado el FG a partir de su colocación respecto a la coyuntura de los últimos meses.

La conformación de una fuerza de rechazo supuso el abandono de antiguos clivajes. El FG atravesó las fronteras que separan los agrupamientos tradicionales de identificación capturando votos de unos y otros<sup>8</sup> y dando la imagen de una configuración inédita: personal político en buena medida de origen peronista, que capta un electorado de diversa extracción pero en buena medida radical. Estas distintas procedencias, el que ese electorado hubiese podido superar prejuicios enraizados, da la medida en que se goza de una creciente libertad política. La negatividad puede, de este modo, ser considerada no como una expresión política limitada por carecer de una positiva dimensión programática, sino como la manifestación política extrema que puede alcanzar una fuerza cuando posee un sentido a su vez desprovisto de condicionamiento de intereses<sup>9</sup>. La negatividad del voto correspondería a

<sup>6</sup>Al respecto, v. mi artículo «Derechos humanos y retroceso de la política» en Punto de vista 8/1992, Buenos Aires.

<sup>7</sup>En la Capital Federal esta disociación respecto a intereses y corporaciones fue particularmente notoria. Las encuestas entre los votantes frentistas no muestran asociación con edad, sexo y alguna con educación. Los analistas políticos remarcaron el hecho excepcional de un triunfo en todas las circunscripciones, incluso en las muy connotadas socialmente y consideradas feudos de radicales o peronistas.

<sup>8</sup>Según las encuestas en boca de urna se desplazaron hacia el Frente Grande 45 % de quienes en 1993 habían votado por la UCR, 25% del Modin, 25% de la Unidad Socialista, 10% de la Unión de Centro Democrático.

una escena altamente politizada en que se produce un agrupamiento protector contra el poder<sup>10</sup>.

El rechazo al poder no pudo ser articulado por el radicalismo en razón de que el pacto bipartidista cuestionó precisamente su lugar en la escena política. Pero la dificultad de los partidos en adaptarse a los cambios y producir nuevas relaciones de representación tiene otra raíz. Aunque están imbuidos de una tradición movimientista que permite efectuar giros ideológicos pronunciados como los que experimentó el peronismo bajo la conducción de Menem, no están abiertos a la sociedad como otros modelos bipartidistas en que la evolución partidaria depende más de la sociedad y de alternativas que se generan en ella. Los partidos argentinos ajenos a una dialéctica de construcción entre personal político y ciudadanía están librados esencialmente al juego interno del aparato partidario, circunstancia que los hace poco propensos a la captación de nuevas experiencias.

### ***El personalismo político***

Pero para una comprensión completa del desplazamiento de las preferencias electorales debemos tener en cuenta el peso de la relación personalista. Se puede reconocer diversas facetas en el personalismo que caracterizó la acción del FG. La fuerza emergente triunfó en Capital Federal y en Neuquén merced a la visibilidad de dos personalidades políticas: Carlos «Chacho» Alvarez y el obispo Jaime de Nevares. Pero de un modo más general se puede sostener que el FG - performances mediáticas de por medio - fue identificado con la figura del primero. Una persona - su estilo político - suplía la tradicional promesa electoral, lo que en este caso se facilitaba en tanto estas elecciones no cubrían cargos públicos de gobierno. La imagen

<sup>9</sup>Al respecto se puede, como lo hace por ejemplo Chantal Mouffe en «The return of the political», recuperar una dimensión schmittiana del análisis, considerando como eminentemente político justamente el antagonismo en sí mismo con independencia de los contenidos de que se inviste.

<sup>10</sup>En la tradición liberal el voto protector constituye una defensa contra el poder, y este recurso es atribuible a la organización liberal de las sociedades democráticas; su esencia es preservar la sociedad y la esfera individual de los desbordes de un poder expansivo. La aplicación de esta categoría al voto negativo expresado en estas elecciones parece apropiado si se admite que no se trató de un mero descontento con la política en curso sino una reacción ante el exceso de poder. Por una parte, ante la concentración de ese poder poco respetuosa de la competencia de las diversas instituciones, por otra parte, ante la presumida transgresión de la ley en beneficio propio por parte de altos funcionarios. La importancia política del voto protector en relación al voto de soberanía es destacado en el tratamiento que le da Karl Popper: «La única cosa que cuenta es la capacidad que tienen los ciudadanos de destituir el gobierno sin violencia. Existen varios medios, siendo el mejor el voto: elecciones generales o un voto de censura de un parlamento elegido democráticamente. Este es el punto clave. Es la respuesta a la pregunta: ¿Cómo podemos organizar el Estado con el fin de impedir al gobierno que haga demasiado daño?» (Karl Popper en «Sur la théorie de la démocratie» publicado en Médiaspouvoir N° 10, cit. por Pierre Rosanvallon en *Malaise dans la représentation*). Sobre este punto se puede ver también las reflexiones de Isaiah Berlin: «Las dos libertades» en Cuatro conceptos sobre la libertad.

de una persona<sup>11</sup> es un soporte privilegiado para cristalizar un rechazo, más adecuado para oponer un estilo político a otro de lo que puede hacerlo un programa. Esta personalización sería impensable sin la centralidad que adquirieron los medios de comunicación en la vida pública, permitiendo una relación sensible y directa con los candidatos sin la mediación de organizaciones militantes. Esto hace que la escena política sea potencialmente fluida y que un fuerza política sin mayor aparato y con escasos recursos pueda constituirse rápidamente.

La ausencia de mediaciones fuera de las mediáticas limita la participación política a su umbral, la de actores virtuales que intervienen en el juego democrático mediante la imaginación<sup>12</sup>. Esta pasividad de los ciudadanos, si no está acompañada de otras formas de participación pública, reduce la deliberación a la que pueda desarrollarse por vía interpósita. Sin embargo, también este nuevo vínculo poco organizacional destraba la producción de iniciativas políticas. En el caso del FG, el eco de las apariciones de Carlos Alvarez le permitía desarrollar autónomamente su discurso, legitimándolo con el éxito mediático y prescindiendo en buena medida de acuerdos con aquellas agrupaciones que constituían formalmente su universo partidario. Sin esa directa relación con la audiencia, el éxito del FG y la adaptación misma de los grupos que le dieron nacimiento al nuevo discurso hubiesen sido impensables.

La adhesión a la imagen del candidato no puede ser entendida simplemente como una relación frívola producida por el encandilamiento de lo que aparece. La imagen comporta una cierta profundidad dada por la acción pública del personaje, ofrecida por los medios también como emblema y modo de argumentación en torno a temas públicos; argumentación que resiste la confrontación con los adversarios.

De modo que la imagen política requiere como condición de viabilidad una conexión con la experiencia de los individuos. Pero es esa imagen, el estilo político que encarna, y no una propuesta política formulada abstractamente, la que goza de credibilidad. Debe tenerse en cuenta que la devaluación de las propuestas programáticas y las promesas se debe también a que son consideradas cada vez menos pertinentes, dada la imprevisibilidad de las condiciones en que los gobiernos deberán adoptar sus decisiones.

---

<sup>11</sup>Una reflexión sobre el personalismo político en B. Manin, «Metamorfosis de la representación» en ¿Qué queda de la representación política?

<sup>12</sup>Sobre los actores virtuales en el juego mediático ver C. Lefort «La representación no agota la democracia» en ¿Qué queda de la representación política?

Otra faceta tiene que ver con la invisibilidad que produjo en este caso el lazo personalista. El vínculo entre el candidato y sus nuevos partidarios se fortaleció en tal grado y desprendía suficiente confiabilidad como para que el entorno del candidato quedara en las sombras<sup>13</sup> sin que ese mismo entorno no se sintiera dispuesto a perturbar ese vínculo. De modo tal que cuando el propio presidente denunció al FG de estar integrado por trotskistas y comunistas, no encontró eco porque la composición del Frente carecía de significación para la gran mayoría de sus nóveles votantes.

Pero el voto personalista transportaba significaciones que atemperaron y a la vez especificaron su negatividad. Los candidatos del FG, pese a no ocupar roles protagónicos en la vida pública, eran genéricamente identificados con la tradición progresista, y algunos más específicamente con la izquierda peronista - lo cual es también cierto para su líder -; sin embargo el mensaje dominante de renovación que transmitían estaba caracterizado por lo que negaba y por sus principios genéricos sin llegar a constituir un proyecto político. En lo esencial se trataba de una prédica republicana en ruptura con las tradiciones populistas y revolucionarias; el crédito que esta iniciativa adquiría derivaba de un estilo nuevo de acción pública y demanda institucional sobre todo de justicia: las denuncias de corrupción ante los juzgados y la búsqueda de pruebas; el acompañamiento de reivindicaciones de los usuarios de servicios, fueron el fondo que dio profundidad a la presencia en los medios y permitió sostener reclamos más abstractos de institucionalidad republicana como los vinculados al rol de la Corte Suprema Así el Frente aparecía con calma y prudencia llevando a la luz pública aquello que el poder mantenía en la sombra.

Pero tan importante como una prédica acompañada de la acción en el plano de las instituciones fue el carácter sintético del mensaje, desprovisto del exceso de sentido que marca las propuestas de las globalizaciones ideológicas. El caso paradigmático fue el de las denuncias de corrupción en el PAMI - la entidad a cargo de las prestaciones médicas a los jubilados - que aunque arrojaban sospechas sobre el directorio de la institución y su responsable, segunda candidata a convencional constituyente por el oficialismo, no derivó en acusaciones personales cuando ellas no estaban jurídicamente fundadas y no propuso soluciones milagrosas para esta institución u otros organismos públicos cuestionados. El discurso del FG propiciaba la acción de la justicia y eventualmente criticaba sus falencias<sup>14</sup>. Otro rasgo innovador consistía

<sup>13</sup>El Frente Grande está integrado por el Movimiento de la Justicia Social heredero del grupo de los ocho diputados disidentes del peronismo, el Frente del Sur, nuevo espacio político resultado de la fusión de Democracia Popular con el Partido Intransigente de la Capital Federal, y el Partido Comunista.

<sup>14</sup>Se ha enfatizado en el tratamiento periodístico de los resultados electorales la repercusión alcanzada por las denuncias sobre pago de comisiones ilegales por parte de los prestadores del PAMI: los

también en acentuar el aspecto institucional, más que en el detalle de las reformas propuestas, en el significado político de la vocación reeleccionista del presidente y del pacto que quería consagrarla.

La campaña electoral pudo ser vista como una puja entre los partidos alrededor de las alternativas que definirían la legitimidad. Para el poder se trataba de lograr una ratificación global de su gestión centrada en el éxito de su política económica; el radicalismo procuraba llamar la atención sobre la bondad de las reformas propuestas, especialmente las consideradas contrarias a la acumulación de poder presidencial, tales como el nombramiento de un ministro coordinador con riesgo de censura parlamentaria o un sistema colegiado de designación de los jueces.

El FG logró, al menos en los lugares donde se impuso, plantear un voto de legitimidad contra las aspiraciones continuistas del poder, su violación a la independencia de los poderes y en particular de la justicia, y su responsabilidad en la corrupción de los servicios públicos. Pero estos aspectos se concentraban en el rechazo al poder, la propuesta en definitiva pasaba por «parar» al poder a través de un advertencia electoral.

Plantear las cosas de este modo para los frentistas significaba reafirmar una creencia en las instituciones, en una sociedad donde éstas precisamente funcionan deficientemente, y presentar una propuesta de construcción política que no derivaba sus sentidos ni su fuente de los reclamos sociales. La cuestión social fue evocada circunstancialmente en tal o cual debate pero la cuestión política institucional fue planteada con independencia. Así se expresaba una voluntad negativa respecto al poder concentrada en su acción política, sin que ello comportara un rechazo de toda la acción gubernamental y menos aún sin que ese voto supusiera la adhesión a una alternativa global. Quizás la principal ruptura con las tradiciones de izquierda y populistas se cristalizó en este abandono de la idea de expresar lo social directamente en el plano político.

Tradicionalmente se atribuía a los reclamos sociales evidencia en su solución y se los situaba en una mera lógica de relaciones de fuerza de modo tal que la representación política era concebida como la expresión de intereses sociales en pugna, cada uno de los cuales se proponía desplazar a su rival. El que explícitamente no se

---

llamados «retornos» del 25% del monto de las facturaciones, al haberse sorprendido y televisado esas transacciones en un caso particular. Pero no puede ignorarse que la repercusión de este hecho contrasta con la aparente indiferencia con que fueron recibidos otros en el pasado, que tocaban igualmente el entorno presidencial. El impacto público en el caso del PAMI no puede disociarse de la formación de un cierto polo de la anti-corrupción y la aparición de una opción electoral anti-corrupción suficientemente creíble y capaz de arrancar a la población del escepticismo.

rechazara la política económica en curso y no se formulara un programa alternativo, no revela simplemente un reconocimiento de las virtudes de la política antinflacionaria o las falencias en la constitución de un equipo técnico capaz de formular propuestas consistentes, sino quizás la búsqueda de un nuevo perfil según el cual una fuerza reformista no tiene forzosamente una alternativa económica global, sobre todo si el país no se halla en crisis en ese plano, aunque sin duda tiene propuestas de política social porque tal es el ámbito por excelencia donde hay opciones vinculadas a principios de la tradición progresista.

### **Conclusiones**

El reciente voto para las elecciones constituyentes ha tenido un importante componente de rechazo al poder. El carácter político de ese voto relativiza los análisis que consideraban que la crisis de las identificaciones movimientistas en términos de peronismo/antiperonismo conducían a una relación más secularizada pero también más descomprometida con los asuntos públicos. La mayor libertad en el vínculo político, aunque no retiene el cauce tradicional de la movilización, en esta circunstancia al menos ha conducido a decisiones inspiradas por un compromiso político. El voto negativo ha estado asociado a una sensibilidad republicana, aunque también se registra una vertiente menor de propensión autoritaria.

El análisis de voto reciente también revela un debilitamiento de la estructura bipartidista de la representación. La estabilidad del voto frentista es incierta porque no se repetirán las circunstancias que facilitaron un voto protector débilmente provisto de otras connotaciones; pero existen elementos en esa fuerza para una propuesta política más sustantiva. Un planteo republicano consistente es en sí mismo un inicio de base programática en una sociedad donde las instituciones están poco asentadas.

De acuerdo a las reflexiones precedentes, las elecciones de 1995 están signadas por la incertidumbre. Aunque la Asamblea Constituyente consagre próximamente el derecho del presidente Menem a la reelección, éste no puede estar razonablemente seguro de obtener el suficiente respaldo de las urnas. La oposición está fragmentada, pero el voto de protección ha sido experimentado con éxito y puede ser un ingrediente central en un reagrupamiento de fuerzas para las próximas elecciones generales.

Buenos Aires, mayo de 1994

**Referencias**

- \*Cheresky, I., REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA. - México D.F., México. 1989; Un paso en la consolidación democrática: elecciones presidenciales con alternativa política.
- \*Cheresky, I., ESTUDIOS SOCIALES. 4 - Santa Fe. 1993; Argentina: una democracia en búsqueda de su institución.
- \*Cheresky, I., PUNTO DE VISTA. - Buenos Aires, Argentina. 1992; Derechos humanos y retroceso de la política.
- \*Popper, Karl, MEDIASPOUVOIR. 10 - Sur la théorie de la démocratie.
- \*Rosavallon, Pierre, MALAISE DANS LA REPRESENTATION. - Metamorfosis de la representación.
- \*Manin, B., ¿QUE QUEDA DE LA REPRESENTACION POLITICA? - La representación no agota la democracia.
- \*Lefort, C., ¿QUE QUEDA DE LA REPRESENTACION POLITICA? -